



XV

Al día siguiente por la mañana, el ayuda de cámara del señor Rias entregaba al señor Kévern, en propia mano, el siguiente billete:

«Anoche estuve en el parque. Le agradeceré que mañana, á las nueve, reciba usted la visita de dos amigos míos.

Lionel de Rias.»

Tan pronto como envió este mensaje, salió Lionel para Paris, y en cuanto llegó fué á ver á uno de sus parientes, el señor de Eblis, que era muy perito en lances de honor. Le dijo que después de su vuelta había tenido, con su vecino de campo el señor Kévern, varias discusiones relativas á los

límites de sus propiedades y derechos recíprocos de caza, y que aquellas disputas habían provocado una cuestión seria que tenía que zanjarse por medio de las armas. Le suplicaba que fuese uno de sus testigos. El señor Eblis repuso que esperaba que un resentimiento tan liviano se resolviese amistosamente, y desde luego prometió que al día siguiente tomaría el primer tren para Fresnes, á fin de estar allí á las ocho de la mañana.

En seguida el señor Rias fué á casa del duque de Estreny, pero el duque estaba en el Círculo. Allí fué á buscarle. Al entrar en uno de los salones en que había varios jóvenes agrupados en torno de una mesa de *whist*, la casualidad hizo que uno de los jugadores pronunciase el nombre de Kévern, y el silencio repentino y forzado que hubo cuando vieron al señor Rias. fué para Lionel una prueba bien dolorosa de que su desventura conyugal era pública y notoria. El duque de Estreny recibió con aire grave las explicaciones de Lionel, escuchóle sin comentar el relato poco verosímil que éste hizo acerca del origen del desafío, y se puso, como el señor Eblis, á su disposición.

Cuando á eso de las diez de la noche el señor Rias regresó á Fresnes, encontró en el salón á la señora Fitz-Gerald, sola y muy triste: le dijo que su hija había estado todo el día muy enferma, y que después de comer se sintió tan mal que se acostó, rogando que la dejasen descansar. Lionel, después de hacer algunas preguntas con afectada solicitud, pretextó también un poco de cansancio y se retiró á sus habitaciones.

Alrededor de la media noche, estando sentado delante de su bufete acabando de escribir algunas disposiciones, la puerta del cuarto se abrió suavemente. Lionel se volvió: la señora de Rias estaba delante de él, pálida como una muerta. El la miró con ojos fríos y severos.

—¿Qué quiere usted de mí? dijo.

—Quiero hablarle, murmuró ella con voz ahogada y apenas perceptible.

—Hable usted.

—Lionel, estoy medio loca... añadió ella con acento de desesperado dolor; ¡tenga usted alguna piedad de mí... no me mate usted!...

—¿Qué pretende usted decir, querida mía?

—Luisa ha venido hace un momento... desde esta mañana sospechaba... aprovechando un momento en que su hermano salió... ha visto la carta de usted... lo sabemos todo...

—¿Y qué sabe usted?

—Sé que mañana se bate usted con el señor Kévern.

El señor Rias se puso en pié y parándose delante de su mujer.

—Oiga usted, María, dijo friamente; siento mucho que este detalle haya llegado á oídos de usted, pero confiese usted que mía no ha sido la culpa. Ahora, ¿qué busca usted aquí? pierde usted el tiempo, pues ya puede usted comprender que en estas circunstancias, lo mismo sus súplicas que sus protestas, son completamente inútiles. Su recibimiento y su conducta para conmigo, me hicieron sospechar de la clase de relaciones que mantenía

usted con el señor Kévern. La noche pasada la seguí á usted y ví cuanto entre ustedes sucedió. Estoy, pues, convencido, y nada podrá impedirme que procure salvar de mi honor lo que aún puede salvarse. ¡Vamos, retirese usted!

Ella se dejó caer sobre una silla y exclamó, retorciéndose las manos y con los ojos fijos en el vacío:

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!...

—La ruego á usted que me deje, agregó duramente el señor Rias.

La joven dió algunos pasos hacia la puerta; luego, volviéndose bruscamente, se arrojó de rodillas sobre el suelo:

—¡Pues bien! gritó; ¡mátame usted... eso es lo justo!... ¡Pero á mí sola, á mí sola!...

Su voz se extinguió ahogada por los sollozos.

—¿Cómo, no comprende usted, repuso Lionel violentamente, que con cada palabra me infiere usted una nueva ofensa?...

—No... ¡oh, no, se lo juro á usted!... ¡Es que usted no me comprende!... Deje usted que se lo diga todo, se lo suplico... ¡Ah, no mentiré!... Sí, soy culpable... sí, amo al señor Kévern... sí... si él lo hubiese querido... lo creo, es posible... mi cariño, mi debilidad, no le hubieran negado nada... Ya ve usted que no pretendo disculparme... pero, él no ha querido... ¡gracias á Dios, no ha querido!... El es quien me ha salvado, ¡y quiere usted matarle!... Eso es imposible... sería una acción odiosa... abominable... ¡Se lo ruego, se lo suplico... no la cometa usted!...

—¡Vamos, veo que le quiere usted mucho! dijo el señor Rias sentándose bruscamente.

—Sí, le amo, prosiguió ella siempre arrodillada y como apoltronada sobre sí misma; le amo, porque no solamente me ha salvado de sí mismo, sino también de los demás... Miré usted, hace algunos meses... en Trouville, después de aquella escena tan merecida, tal vez... pero tan dura, tan ofensiva para mí... abandonada de usted, llagada, desesperada... iba á perderme... Entonces había un hombre que me cortejaba y á quien yo creía amar... ¿quién? ya puede usted figurárselo. ¡Y bien!... ¿Quiere usted saberlo todo?... A ese hombre le esperaba yo durante la primera noche que siguió á la partida de usted... Y fué una palabra, una sola palabra del señor Kévern la que me devolvió la razón y al deber, al honor... ¡Y quiere usted matarle!... Pero, después le he amado... tal vez ha correspondido á mi cariño... sea... Usted nos ha visto juntos la noche pasada... ¡ay de mí!... me ha visto usted en sus brazos... y comprendo, usted ha creído, cree aún... ¡Dios mío!... que tiene que vengarse de una ofensa mortal... ¡sin embargo, no es cierto, no lo es!... Aquel instante de abandono, de debilidad... era el primero y el último entre nosotros... era el adiós, de un amigo... de un hermano á quien nunca debía volver á ver... ¡Nada más, se lo juro á usted!... Desde que usted vino, él, su hermana y yo sosteníamos combates crueles... Ella quería marcharse... él dudaba, temiendo que un viaje repentino no despertase en usted alguna sospecha... yo, yo no quería... Y ade-

más, porque aún conservo alguna honradez, esta existencia diaria entre usted y él; esta duplicidad, este engaño continuo, repugnaban á mi corazón... Anoche me sacrificué completamente... quise verle para concluir... y entonces fui y usted me siguió... ¡Hoy debía marcharse, y yo debía decirle á usted algo de lo que acabo de confesarle!... Entonces, quizá me hubiese creído usted... ¡mientras que ahora no me cree usted!...

—No, dijo secamente el señor Rias.

Hubo un momento de silencio durante el cual solo se percibieron los sollozos convulsivos de la joven.

—Y además, exclamó de repente Lionel, es usted muy original, porque, ¿no hay en todo lo que acaba usted de decir motivos sobrados de resentimiento y de odio contra un hombre?

—Sí, sin duda... sí... y, no obstante, si usted, Lionel, estuviese convencido de que no hay más de lo que he dicho... y de que el único lastimado es el orgullo de usted, pero no su honor... que no hay nada... absolutamente nada de irreparable entre nosotros... ¿no tendría usted piedad, sino de mí, al menos de su pobre hermana, tan inocente, tan noble y tan desgraciada?... ¿Querría usted matarla ó volverla loca?... Mi pobre Luisa, que tanto me ha querido... ¡Qué recompensa!... ¡Ah! si tuviese usted esa bondad, Lionel, si fuese usted tan generoso que olvidase esa explosión de su orgullo ofendido... ¡ay!... lo siento... se lo juro... aún habría felicidad para nosotros... Sí, eso me conmoviera tanto, se lo agradecería á usted tanto... que todo lo podría us-

ted esperar de mi corazón... Ha sido completamente de usted... volvería á usted... Ya sé que éste no es momento oportuno para hablarle á usted de sus errores... pero, en fin, usted también ha cometido algunos quizás... ¡Yo los olvidaría todos!... y sería tan dichosa, tan dichosa olvidándolos... ¡y haciéndole olvidar á usted los míos!... ¡Ah, yo se lo ruego, se lo ruego... yo le querré á usted como al mismo Dios!...

Calló, sofocada por sus lágrimas que corrían á borbotones, como sus ruegos.

El señor Rias se había levantado presa de una fuerte emoción, y empezó á pasearse á largos pasos. Su rostro, terriblemente contraído y el temblor convulsivo de sus labios, revelaban la terrible lucha que sostenía consigo mismo. De pronto se acercó á su bufete, cogió un pliego de papel y escribió febrilmente algunas palabras. Luego, acercándose á su mujer que permanecía á sus pies enloquecida y anhelante, la entregó abierta la esquelita que acababa de escribir.

—Puede usted leer, dijo; es para la señora de Lorris.

Ella apartó con sus manos sus cabellos flotantes caídos sobre su semblante, y leyó el billete que solo contenía estas palabras:

«Señora: Sírvase usted decirle á su hermano que no reciba á nadie mañana de mi parte.»

La joven lanzó un grito y levantándose súbitamente cogió apasionadamente las manos de su marido entre las suyas, como para atraerle hacia sí; después, bajando los ojos arrasados en lágrimas...

—¡No me atrevo! murmuro.

—No... ahora nada... nada... se lo suplico... dijo el señor Rias con acento profundamente emocionado; tranquilicémonos los dos... Vaya usted, María, váyase... á descansar en paz...

Ella se inclinó, cubrió sus manos de besos febriles y salió de su habitación.



UNIVERSIDAD DE BARRIO LEON
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES
"ALFONSO X EL MAGNO"
1924

XVI

La exaltación de sentimientos que en el ánimo del señor Rias provocó aquella escena no podía ser, desgraciadamente, duradera. La reflexión, el frío razonamiento, la experiencia amarga, no podían dejar de levantar la voz y readquirir su imperio. Cada día, conforme el tiempo pasaba y decrecía la primera impresión causada por las frases apasionadas de la señora de Rias, su acento de verdad y sus ruegos conmovedores, el recelo y la desconfianza ganaban terreno y obtenían en su ánimo mejor acogida; y no tardó en preguntarse si su confianza no había sido candor, su generosidad tontería, y si no fué juguete de una de esas comedias pérfidas ó de una mentira de esas que las mujeres saben urdir y representar á maravilla.

La vida diaria entre Lionel y su mujer estaba entonces, á juzgar por las apariencias, llena de cariño, de dulzura y de unión. La señora de Rias tenía la preocupación constante de evitar todo lo que pudiese disgustar á su marido y buscar cuanto pudiera serle grato, y todo ello con una solicitud tímida y reservada, pero siempre apasionada y atenta. Lionel la correspondía con bondadosa cortesía, y nunca se traslucieron ni en su lenguaje, ni en sus ojos, la sombra de un resentimiento ni de un reproche, pues tenía el corazón muy noble para que se atreviese á recordar su palabra y su perdón.

Pero en medio de aquel dulce hogar que parecía haber acoplado los mejores ensueños de su vida, tal vez, allá en sus profundos, era más desgraciado que nunca. Una sospecha incurable le torturaba: —¡Había sido engañado!... Era objeto de la secreta ironía del señor Kévern y quizás de su propia mujer. Este pensamiento continuo le causaba una tristeza tanto más profunda cuanto que era irremediable. Aquello siempre estaría entre él y su esposa, helando sobre sus labios la ternura y la confianza, y maldecía amargamente aquel arrebatado de su corazón que le condenó á una desconfianza y á un fingimiento eternos.

Una mañana, á fines del mes de Julio, estando Lionel fumando un cigarrillo en el patio de las caballerizas, vió á lo lejos á la señora de Rias que se dirigía rápidamente hacia una de las alamedas del parque. Aquella alameda cruzaba el camino de un pueblecito en el cual la joven acostumbraba á ha-

cer algunas obras de caridad. Lionel creyó que ésta era la causa de su paseo, aunque le pareció demasiado matinal. Momentos después un incidente insignificante, al parecer, despertó en su ánimo otra suposición. Aquella era la hora en que el cartero rural iba todos los días á Fresnes, después de haber despachado el correo, y recogía las cartas del castillo que los criados le entregaban ó que él mismo recogía en la mesa del vestíbulo, y luego continuaba su camino dirigiéndose al pueblo inmediato por la alameda en que la señora de Rias estaba paseándose. Lionel tuvo de repente la idea de que su mujer quería entregarle personalmente al cartero alguna carta, y que con este pensamiento había ido á esperarle en algún lugar oculto; y su sospecha se confirmó viéndola reaparecer y entrar en el castillo con la misma precipitación así que el cartero hubo atravesado la alameda.

El señor Rias atravesó por una de las praderas que rodeaban al parque y que conducía al pueblo por un camino vedado al público y mucho más corto. Pocos momentos después se reunía con el cartero en el momento en que éste salía del bosque.

—Le vengo siguiendo á usted, dijo; ¿hace un momento recogió usted en el castillo una carta dirigida al señor Kévern?...

—Sí, señor; la señora me la dió...

—Justamente... Haga usted el favor de darme esa carta porque las señas están equivocadas... Mañana se la llevará usted.

El cartero obedeció y siguió su camino.

El sobre tenía esta dirección:

«Sr. Enrique de Kévern, hotel Bergues, Génova.»

Lionel miraba aquel pliego y lo volvía y revolvía entre sus manos con un sentimiento inexplicable de angustia. Abrirlo y violar su secreto era una acción cuya importancia comprendía, y respetarlo era perder la única ocasión que seguramente se le presentaría de disipar la incertidumbre que envenenaba su vida.

Estaba sentado sobre un tronco de árbol caído delante de una de las cercas del parque y absorto completamente en sus meditaciones, cuando el ruido de un coche le hizo levantar los ojos. Era el cupé de la señora de Lorris, y entonces se acordó de que aquel día estaba convidada á almorzar en el castillo. Al ver á Lionel, creyó la señora de Lorris que había salido á esperarla, y ordenando al cochero que se detuviese, bajó en seguida y despidió el coche.

—Es usted muy amable, caballero, dijo; ¿y María, está bien?...

—Muy bien... ¿qué mañana tan hermosa, verdad?...

Abrió la empalizada para que la joven entrase en la alameda, y la siguió.

Ella, extrañando su aire preocupado y distraído, le preguntó después de algunos momentos:

—¡Y bien!... ¿Qué hay de nuevo, querido amigo?

—Nada...

—Dispense usted... tiene usted tempestades en la frente... Y hace un rato que estaba usted ahí,

pensando como el hombre que medita un crimen.

—Algunas veces me acometen ideas muy tristes, dijo Lionel.

—¿Por qué?... ¿No será usted dichoso nunca, mi pobre señor?...

—Temo que no.

Ella repuso con acento grave:

—Eso me apena...

Luego, deteniéndose en medio de la alameda...:

—¿Veamos, qué le falta á usted?... La confianza, ¿no es eso?...

Lionel no contestó.

—¡Dios mío!, agregó la joven; ¿qué sería preciso hacer ó decir para devolvérsela?

—¡Sería necesario, exclamó Lionel bruscamente y cediendo á un movimiento irreflexivo, decir lo que hay en esta carta.

—¡Esa carta!... ¿Qué es esa carta?

El se la enseñó y ella, al leer la dirección, palideció ligeramente.

—He aquí, añadió Lionel, la historia de esta carta. Esta mañana ví que María se la entregaba secretamente al cartero... Al principio, la idea de dejar escapar esa carta... llevándose su secreto eterno, me ha parecido imposible... La cogí... ya era demasiado; no la abriré... Tómela usted, no es un lazo el que la tiendo... eso sería odioso... No la abra usted, se lo ruego, ¡no lo quiero!... Por muy segura que esté usted de su amiga y de su hermano, no puede usted intentar una prueba semejante... Quémela usted sin leerla y sin decírselo á nadie... prométamelo usted...

La señora de Lorris cogió la carta con mano temblorosa y mirando á Lionel fijamente, rasgó el sobre.

La heroica mujer tuvo, sin embargo, en aquel momento, un instante de debilidad, sus ojos se nublaron y vaciló. Después, cobrando alientos bravamente, se puso á leer la carta en voz alta:

«Señor y amigo:

¿Hago mal escribiéndole á usted estas líneas? No paso á creerlo, aunque lo hago sin que mi marido lo sepa, pues quiero evitarle hasta la sombra de un recuerdo penoso... pero también me creo en la obligación de decirle á usted que soy dichosa. Le conozco á usted bien y estoy segura de que mi felicidad es para usted la mejor de las recompensas, y... si es preciso, el mejor de los consuelos. Recuerdo las últimas palabras de usted en aquella última entrevista que tan fatales consecuencias pudo tener: —«La noticia mejor que puedo recibir, decía usted, es saber que ha puesto usted su corazón del lado de su deber...»

¡Ay!... entonces eso me parecía imposible, y no obstante, algunas horas después el milagro había sucedido. Mi marido me salvaba de las angustias de la muerte, y su generosa confianza y su bondad, verdaderamente divinas, no me inspiraron únicamente agradecimiento, sino también una estimación, una ternura y un respeto dignos de él. Desde

entonces me reconquistó por completo y le quiero más que nunca.

Cada día, cuando recuerdo aquella noche terrible y las locuras, las imprudencias de mi lenguaje... pues, para persuadirle mejor de mi sinceridad me hacía más culpable de lo que era.... cuando pienso en su corazón desgarrado, en su orgullo herido, en todo lo que ha sufrido, en todo lo que tuvo que vencer antes de tenderme su mano... ¡me dan impulsos de prosternarme á sus pies para adorarle!

Pero no me atrevo. Es cariñoso y excelente, pero aún, en los profundos de su alma, lucha con una secreta inquietud. Lo siento y sufro también, pero sin desmayo, porque comprendo que el porvenir es mío y que la verdad de mi corazón acabará por penetrar en el suyo y reconquistármelo por completo.

Esto es, señor, lo que deseaba decirle, y mi confesión es la prueba más grande de cariño que puede usted recibir de su discípula y amiga,

Maria de Rias.»

Cuando la señora de Lorris concluyó su lectura con la voz empañada por la emoción, vió que Lionel tenía una mano sobre los ojos y que las lágrimas rodaban por sus mejillas...

* * *

No podemos concluir este relato sin recordarle al lector que los Kévern escasean mucho en el

mundo, que es muy peligroso fiarse en su desinteresado concurso, y que el marido que quiera perfeccionar la educación de su mujer obrará cuerdamente haciéndolo por sí mismo y no delegando sus poderes.



EXTRACTO DEL CATÁLOGO

DE LA

Casa Editorial Maucci

